

# Eduardo Galeano

## La pasión de decir



Gustavo Lespada

En el umbral de *Memoria del fuego* (1982-1986), obra de Eduardo Galeano en tres volúmenes, cuyas crónicas y anécdotas reflexivas se ordenan cronológicamente a lo largo de cinco siglos –desde las cosmogonías previas a la conquista hasta 1984–, se lee: “El pasado estaba quieto, hueco, mudo. Nos enseñaban el tiempo pasado para que nos resignáramos, conciencias vaciadas, al tiempo presente: no para hacer la historia, que ya estaba hecha, sino para aceptarla”.

A los dieciocho años leí un libro que *hizo* historia, al menos que tuvo una importancia decisiva en la formación política y en el posicionamiento frente a la Historia para muchos de mi generación. Ese libro fue *Las venas abiertas de América Latina* (1971); la pormenorizada narración del saqueo de nuestro continente pero que además, con didácticos vaivenes temporales, nos enseñó cómo operan los mecanismos del despojo desde la conquista hasta la actualidad. Aunque el propio Galeano mucho después renegó de ese libro –adujo que no contaba con suficientes conocimientos cuando lo escribió–, sigo creyendo que, más allá de probables inexactitudes de datos o cifras, es una formidable lección de economía política, en la medida en que desnuda y desmonta los dispositivos de expoliación de los imperios. En mi temprana lectura percibí claramente la realidad de la tan mentada *división internacional del trabajo* y el compromiso con las reivindicaciones de los débiles y desposeídos. Quiero reivindicar, por mi parte, la pasión que atraviesa sus páginas: en un mundo donde los poderosos exhiben con cinismo sus privilegios desmesurados *la pasión es un valor*.

No sólo aquel libro es un puño erguido de indignación, sino también un compendio de fundamentos racionales, un lúcido aporte a la hora de conformar una conciencia latinoamericana, continental. En el momento de su aparición fue, en el sentido sartreano de la palabra, una obra *utópica*: una creación que entreabría un posible inexistente, pero en la que esa inexistencia se manifestaba como estímulo para la acción transformadora. Sartreano él mismo, lo dijo alguna vez: somos lo que hacemos... *para cambiar lo que somos*. Y a eso, a ese “hacer para el cambio”, fue fiel hasta el último día de su vida, sobre todo con su visión crítica, cuestionadora, de muchas medidas tomadas por coaliciones de izquierda cuando llegaron al gobierno. En este sentido, Galeano también nos dio una lección de fidelidad, no a un partido sino a las ideas: “Ahora la democracia, que tiene miedo de recordar, nos enferma de amnesia: pero no se necesita ser Sigmund Freud para saber que no hay alfombra que pueda ocultar la basura de la memoria”. Hasta último momento, estando ya enfermo, participó de actividades políticas como en la manifestación de apoyo a la jueza uruguaya Mariana

Mota, en febrero de 2013, cuando fuera cesada de su cargo por el Poder Judicial para que no siguiera investigando a los represores de la dictadura culpables de delitos de lesa humanidad.

¿Un valor la pasión? Sí, aunque a veces también nos lleve a equivocarnos como cuando renegó de ser un intelectual... aunque lo fuera, y uno de los grandes. Su impugnación de los intelectuales durante una entrevista televisiva fue porque, según dijo –adhiriendo a un rancio estereotipo–, estos pertenecerían a una especie deleznable que separa la cabeza del cuerpo: fríos, sin sentimientos. Pero un intelectual es aquel que trabaja con el intelecto, el que busca entender, ampliar y difundir el conocimiento, alguien que cree en las palabras de la tribu y profesa una fe ciega en el lenguaje como instrumento de cambio. Todo lo cual no le impide ejercer el resto de sus funciones corporales, sensibles, humanas, sino más bien todo lo contrario. Así que en aquella ocasión Galeano se descalificó a sí mismo –y creo que el mejor homenaje que puede hacersele a un hombre de ideas es analizar críticamente su pensamiento.

O qué puede decirse, si no, de quien fuera editor del diario *Época* de Montevideo y, a los 22 años, secretario de redacción del prestigioso semanario *Marcha* (1961-1964), junto a Carlos Quijano y Juan Carlos Onetti. Más tarde, trasladado a Buenos Aires, fue director de la mítica revista *Crisis* desde mayo de 1973 a agosto de 1976, para cuya elaboración supo rodearse de un equipo integrado por intelectuales, artistas y escritores de la talla de Juan Gelman, Vicente Zito Lema, Hermenegildo Sábat, Jorge Romero Brest y María Esther Gilio, y donde se divulgó el más amplio espectro de la cultura latinoamericana de los años setenta, desde los consagrados Borges, Carpentier, Neruda, Cortázar, Roa Bastos, Cardenal, García Márquez, González Tuñón, el rescate de figuras como Felisberto Hernández, Aimé Cesaire o Juan L. Ortiz hasta narradores como el desaparecido Haroldo Conti –que publicó *Mascaró, el cazador americano* en la editorial de la revista– o los más jóvenes de entonces como Ricardo Piglia, Miguel Briante o Jorge di Paola. Como el propio Galeano señaló: “Mientras duró, tres años y pico, cuarenta números, *Crisis* supo ser un porfiado acto de fe en la palabra solidaria y creadora, la que no es ni simula ser neutral, la voz humana que no es eco ni suena por sonar”. En 1985 retorna del exilio a Montevideo y, junto a Mario Benedetti y Hugo Alfaro, funda el semanario *Brecha*.

En *El libro de los abrazos* (1989) se menciona a una mujer de Oslo que cantaba y contaba cuentos, que tenía una falda inmensa “toda llena de bolsillos” y que, entre canción y canción, de cada bolsillo iba sacando papelitos en los que había escrito buenas historias que contar, y en cada una de esas historias gente que podía “volver a vivir por arte de brujería”. Creo que no hay mejor definición para el *oficio de decidor* de Eduardo Galeano, de su palabra ritual, untuosa y de barrio, que resucita muertos y olvidados, que optó por los dioses sucios antes que los impolutos, amante incondicional del fútbol, las mujeres y los niños. Sus textos breves, irónicos, paradójales, lograron despertar a la Historia, como el maestro de Galilea a Lázaro: *veni foras!*

Refiriéndose a cómo se las ingeniaron algunos presos rehenes de la dictadura uruguaya para romper el aislamiento estricto al que estaban condenados y comunicarse por medio de golpecitos a través del muro, escribió: “Cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay quien la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por los ojos, o por los poros, o por donde sea. Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás celebrada o perdonada”. Nosotros siempre podremos celebrar en Eduardo Galeano al más apasionado decidor.